







El telegrafista



Luis Salvago
El telegrafista



menos**cuarto**

Un jurado formado por Angélica Tanarro, Gustavo Martín Garzo, Care Santos, Manuel Vilas y José Ángel Zapatero, adjudicó a *El telegrafista*, escrito por Luis Salvago, el 71 Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid, organizado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Ayuntamiento de Valladolid.

© Luis Salvago
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2024

ISBN: 978-84-19964-18-2
Dep. Legal: P-76/2024

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de cubierta: Archivo de Jesús Marimón Giménez
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S. L.
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Javier Giménez Parres, por su confianza.
A Luis Giménez Junza,
y a quienes fieles a un ideal
pudieron tener un asomo de duda.*

«Cuando se muere alguien que nos
sueña, se muere una parte de nosotros.»

MIGUEL DE UNAMUNO

«Ninguna amistad es un accidente.»

O. HENRY

MI AMIGO MUEVE la cámara de aquí para allá buscando el mejor encuadre. Se acerca, se aleja, se agacha, se levanta. Hay algo que no le convence, y creo que la causa soy yo.

Cierto es que la terraza del hospital militar no es un buen fondo, con sus ladrillos mal puestos, sus tejas descajadas, un canalón por detrás de nuestras espaldas que rompe la perspectiva con una fea diagonal. Me ayudo como puedo con la muleta y me apoyo en el hombro del compañero, sentado con la suya entre las piernas. Mi amigo sonríe no porque desee sonreír, sonrío porque quiere que yo lo imite, quiere una buena fotografía. Pero, en mis circunstancias, me cuesta esbozar una sonrisa que no coincide con mi estado de ánimo.

Para los otros tres compañeros es fácil. Se han vestido de uniforme, han sacado brillo a sus zapatos, a los botones de la guerrera. Se los ve felices, y no hay nada que se les pueda reprochar. Pronto volverán a casa con sus familias, sus hijos, sus mujeres. Volverán a sus trabajos de antes de la guerra, al huerto, a la zanja, a la oficina. Se olvidarán pronto de este tiempo de ingreso, se olvidarán

de este sol que nos deslumbra y nos dibuja en la cara una mueca de payaso.

Las visitas han ido espaciándose poco a poco. Han venido una vez mi hermana, mi madre, los amigos que aún quedan vivos, el cura... Mi padre no. Mi padre aún no me ha perdonado. Pero falta alguien más, alguien que nunca podrá venir, porque es imposible que me encuentre, y si me encuentra no será en este sitio, será en otro lugar, en un lugar donde ya no será preciso sonreír.

Me dice el médico que para Navidad ya estaré en casa. Pero es difícil creerlo. He venido, como quien dice, de la línea del frente al hospital, con parada de catorce meses en el penal de Montjuic, y parece que entre un sitio y el otro el mundo entero se haya colado por un agujero.

Mi amigo insiste en que sonría, y yo me muevo a un lado y a otro, estiro hacia arriba las comisuras de mi boca, levanto los ojos aunque el sol me molesta pero, al parecer, mis esfuerzos son vanos. Mi amigo se queja, «Está bien», dice, y escucho entonces el ruido mecánico del obturador, y sé que mi cara de payaso se ha quedado para siempre en una fotografía. Dice que nos la enviará a casa y nos pide nuestras direcciones. Yo me agarro a mis muletas, le miro a los ojos. Esta vez, sí, le sonrío. Mi sonrisa es franca. Los dos sabemos que no hace falta ninguna dirección.

Antes de irse me abraza, me tiende la mano y aprieta fuerte la mía, hasta que me duelen los dedos. «Nos vemos», dice. «Sí, nos vemos», digo.

Aunque los dos sabemos que nunca nos volveremos a ver.

1

EL DOCTOR LASIERRA me dice que mi estado general es bueno. Peso 77 kilos, mi presión arterial es de 12,5-7. El color de la piel es aceptable, así como la interpretación de las placas de rayos, y aunque los últimos análisis de esputo hacen pensar en algo más serio, me asegura que la enfermedad tiene visos de remitir.

Yo no sé si tomármelo en serio. Al chico que estaba en la cama de mi lado izquierdo, un andaluz tan flaco que le colgaba el pijama, le dijo lo mismo el doctor Lasierra hace tres días y ayer se lo llevaron tapado con la sábana hasta los ojos. Cuando le pregunté a la enfermera de qué había muerto no quiso decírmelo, por lo que he de suponer que padecía la misma enfermedad que yo.

Es cierto que no hablábamos demasiado, a pesar del tiempo que hemos pasado juntos mirando al techo, a la ventana, al alicatado blanco de las paredes, que de tanto mirarlo parece cuadrar la perspectiva y llenarla de rectas y ángulos.

Sin embargo, me he acostumbrado. ¿Puede acostumbrarse alguien al aburrimiento? No lo sé. Tal vez sea una

rara habilidad al alcance de unos cuantos afortunados. Mi táctica consiste en mirar hacia dentro, como si los ojos vieran la luz del interior, no la de fuera. Ya sé que es una tontería, pero cuando se han pasado catorce meses de cárcel y luego te ingresan con tuberculosis en un hospital no te queda más remedio que mirar hacia dentro. Dentro existen otros paisajes, sin perspectivas, con colores extraños y aspecto de irrealidad. Pero también son capaces de causar emoción.

Cuando lo hago, es como si saliera de aquí, de debajo de este techo blanco sembrado de telas de araña, y viajara a otro lugar. Lejos, muy lejos. No es una táctica de ahora, claro que no. Cuando era niño ya lo hacía. Me tiraba al suelo, al terrazo, y miraba hacia dentro. Me imaginaba flotando en un río o en un mar. Aunque nunca he visto el mar. Pero lo que me gusta es que siento que floto. Floto bajo el rectángulo del techo, frente a la ventana, floto en el brillo de los azulejos.

A veces Adela, la enfermera, cuando me ve así, me sacude con la punta de los dedos en la coronilla. Sabe que en esos momentos es mi cuerpo el que está en la cama, pero no yo. Yo estoy lejos, flotando en algún lugar lleno de agua. Me cae bien Adela. Viste uniforme blanco, con un gorro bajo el que asoma una franja de cabello. Lleva un brazalete rojo, con una insignia, y a veces, cuando hace frío, llega cubierta con una capa sujeta por unas cintas que dibujan una «X» por delante del pecho.

Tiene poco más o menos los mismos años que yo. La voz grave, los ojos achinados, los pómulos salientes, el ros-

tro rematado por una barbilla graciosamente redondeada. Me confío a ella si necesito hablar. Cuando uno está solo y ve pasar a sus pies los cuerpos de sus compañeros, no le queda más remedio que confiar en quien sea. En el diablo, si hiciera falta.

Pero Adela no es un diablo.

«¡Niño, que *t'as perdíol!*», me dice al tiempo que me sacude en la coronilla. Se ríe, suelta chistes que me obligan a sonreír, aunque los haya dicho tan rápido que no me haya enterado de nada. Su acento tiene algo de forzado. Se preocupa por hacer que mi vida sea más llevadera, por aparentar que está cerca de mí. Es verdad que su trato amable me conmueve. Pero al mismo tiempo me deprime. Es como si estuviera curándose en salud porque sabe que un día no podrá golpearme en la cabeza con su mano, ni tampoco podrá contarme esos chistes.

A veces escuchamos la radio. Acabada la guerra ya no se oyen proclamas, ni discursos, ni noticias del frente. Incluso ha cambiado el tono de sus voces. No son persuasivas, no pretenden convencer. Son voces impostadas, extravagantes, tiznadas con algo que las hace sonar estrafalarias. No sé si es la falsa sensación de felicidad que pretenden transmitir o soy yo, que en las palabras solo encuentro mentiras.

Más allá del recuadro del techo y de la ventana veo el cielo. Por su color, por sus matices azules o por la forma en que brilla el sol, creo que soy capaz de vaticinar el tiempo que va a hacer al día siguiente. Me he convertido en el hombre del tiempo. Del tiempo absoluto, de todo el tiem-

po. Por ejemplo, hoy me parece que los colores se degradan al acercarse a los bordes de la ventana, y me da por pensar que mañana hará frío, que cambiará el tiempo a peor.

A veces me equivoco, y pienso que mis escarceos para asemejarme a un observador de astros son siempre fallidos, pero llego a la conclusión de que incluso equivocarse es una buena forma de entretenimiento.

Tengo otras formas de distraerme: leo. Tengo *Niebla*, de don Miguel de Unamuno. He leído ese libro tres veces desde que ingresé en el hospital. Pero no me canso. Lo leería mil veces si con ello algún dios se diera por aludido e hiciera de esa ficción una parte de realidad. También escribo. Adela ha tenido la amabilidad de procurarme una tabla, un lápiz y una libreta. Muchas veces escribo poesía. Quiero decir, escribo poesía que ya está escrita. La transcribo a código morse. Por ejemplo, un poema que me enseñó mi madre, *La mano derecha y la mano izquierda*, de Agustín Príncipe, un profesor de Zaragoza: «Aunque la gente se aturda, Diré, sin citar la fecha, Lo que la Mano Derecha Le dijo un día a la Zurda...».

El primer verso se escribe así:

.- ..- -. --- ..- . / :-... - / --- . . - . / / .- - ..- .- .-... .

Luego, cuando he terminado de transcribirla, la recito en voz alta, sin importarme lo más mínimo lo que la gente piense de mí: bip biip bip bip biip...

Adela se ríe cuando me escucha recitar. No se lo toma en serio. Dice que es imposible que ese sonido sea poesía. Yo le digo que no se ría, que es muy serio. «Soy telegrafista —le digo—, estuve en Belchite.» Le cuesta imaginarme